

José Francisco Cortés Ramos

Rugía la bestia. El sonido era tan aterrador como majestuoso. Acorde a su tamaño, desde luego. Sentado en aquel mullido \"suelo\", húmedo y en constante movimiento, Willy pensaba en las opciones que le quedaban para escapar con el pellejo intacto. Afortunadamente, la bestia era tan grande, que apenas había notado nada cuando se había tragado a nuestro amigo. El plan parecía perfecto. Disfrutar de cócteles recién preparados, tumbado en la blanca arena caribeña, refrescándose de vez en cuando entre los corales y peces del arrecife. Sin embargo, el enorme monstruo emergió del mar aquella mañana, llevándose consigo todo lo que encontró a su paso, Willy, gafas, aletas y snorkel de buceo incluidos. Como en una atracción de parque acuático, William fue arrastrado por una enorme catarata de agua hasta las entrañas de aquel Leviatán prehistórico, sumergiéndose con estrépito en aquel líquido de incierta naturaleza. Visto con ojos curiosos, y haciendo un gran esfuerzo por obviar el nauseabundo olor que lo invadía todo...el lugar era precioso. Una suerte de organismos bioluminiscentes parasitaban el enorme estómago de aquel ser jurásico, haciendo que una fluorescente luz azul bañara todo allí dentro. Willy descansaba en una pequeña porción de \"suelo\" orgánico rodeada de jugos gástricos y agua marina. No dejaba de imaginar cuál sería su terrible final, si no lograba salir de allí evitando el natural proceso de digestión del mastodonte marino. Miró hacia las alturas, buscando algún orificio similar al espiráculo de los cetáceos...y recordó que el estómago de los mamíferos no está conectado con el sistema respiratorio. Ya desesperaba cuando un terrible temblor sacudió el interior de aquella caverna infernal. Una mano se posó en su hombro. Una simpática azafata le despertó, indicándole que su vuelo había aterrizado. Sobre su regazo, 20.000 Leguas de Viaje submarino. No volvería a leer nada de aquel Julio Verne durante un tiempo...